

JAVIER DE BENGOCHEA

Un poeta que regresa

"Vivir se llama lunes en mi frente. / La ciudad de mi vida es muy pequeña. / Se edificó hace tiempo. Era risueña, / inclinada hacia el mal, ligeramente. / Triste es vivir. Es triste y es frecuente. / La alegría no atiende a nuestra seña, / y el corazón, desde su lunes, sueña / un domingo azulado y transparente. / Larga es, Señor, es larga tu semana. / Mi habitación es honda y es oscura, / y los días cadenas y cerrojos. / Pero la muerte, en forma de ventana. / me deja ver al fondo tu hermosura, / el único domingo de mis ojos".

Estos versos forman parte de un libro titulado *"Hombre en forma de elegía"*, que fue galardonado con el *Adonais* -1965-. Su autor (leemos en la solapa del libro) nace en Bilbao el veinte de agosto -1919-. En su ciudad natal ejerce la carrera de abogado. Colabora en diarios locales con artículos y notas sobre teatro y pintura. En 1950 obtuvo un accésit al premio *Adonais* con su libro *"Habitada claridad"*, que se publicó al año siguiente en la colección del mismo nombre.

JAVIER DE BENGOCHEA se halla, ahora, detrás de su mesa, en su despacho del Museo de Bellas Artes; su mirada, serena; su gesto, cordialísimo; sus cabellos... heridos por un tiempo que, a buen seguro, ha sumado heridas y alegrías a la sensibilidad exquisita de este bilbaíno entrañable...

— ¿Cuándo te inicias a la poesía?

— Se pierde en la noche de los tiempos. Mi padre, a pesar de no pertenecer a la élite —era un hombre de condición modesta—, tenía una biblioteca bastante buena para su tiempo. En ella comencé a leer a Rubén Darío, Machado, Villaespesa, Marquina, Verlaine, etc. Luego, un libro que me abrió a una poesía más actualizada, la famosísima antología de Gerardo Diego. Todo esto a una edad que no recuerdo exactamente... imagino que rondaría los quince años.

— ¿Estabas en contacto con el mundillo de las letras?

— Las letras, en Bilbao, siempre han sido labor de solitario.

— ¿Cómo son tus primeros poemas?

— Miméticos. Creo que todo inicio está bañado por el mimetismo. Tratas de ser como aquella persona que te ha llegado a impresionar profundamente con unos poemas o unas pinturas. Quisieras mudarte, ser él. A nadie le dice nada la poesía o la pintura en abstracto. Le conmueve concretamente un pintor o un poeta determinado.

— Has mencionado la pintura. Eso es algo que está muy presente en tí, ¿no?

— Mi primer contacto con el arte fue la pintura. Mi admiración por ella es anterior a la poesía. Recuerdo que, cuando con ocho o nueve años, alguna leve dolencia me obligaba a guardar cama, mis padres me dejaban ojear la colección completa de *"La esfera"*, que era una revista gráfica de gran calidad, con colaboraciones literarias

de altura, Emilio Carrere, etc. Las portadas eran reproducciones de cuadros de pintores de la época, de Santamaría, de Anselmo Miguel, de Zuloaga, de Romero de Torres... pintores de éxito, incluso de éxito social. También colaboraban en la revista, ilustrando las aportaciones literarias, grandes dibujantes. Pénagos, Valera de Seijas,

etc. Allí brotó mi admiración pictórica.

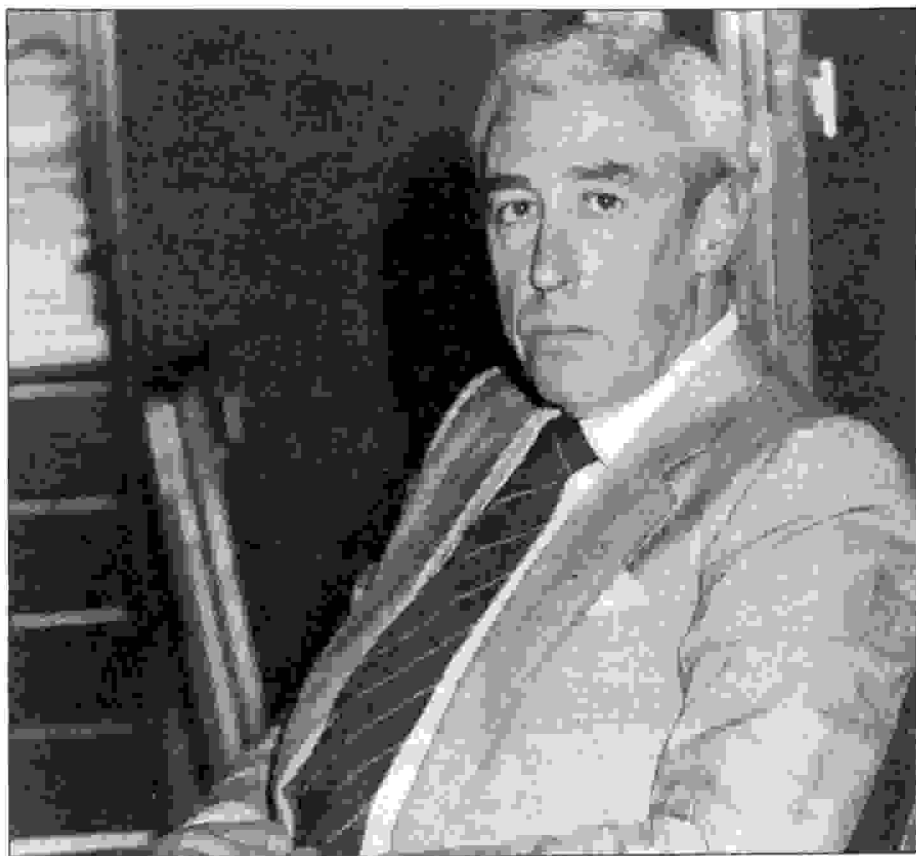
— Lógicamente entiendo que, a esa edad, será más fácil la predisposición por la pintura debido, en particular, a su plasticidad, que por la poesía que —quizás— exige un mayor nivel de concentración, de madurez...

— Efectivamente. Yo no leía las colaboraciones literarias. Me limitaba a contemplar los dibujos.

— Volvamos a la poesía. Con *"Habitada claridad"* consigues un accésit al *Adonais*. Has cumplido ya los treinta. ¿Son los primeros poemas que ven letra de imprenta?

— Como libro, sí. Pero con anterioridad había publicado algunos poemas en la revista *"Egan"* de San Sebastián, dirigida por José Miguel de Azaola.

— Aunque al plantearnos esta entrevista tratábamos de evitar, un tanto, la presencia de Blas —algunas personas nos han acusado de "forofismo"— al oírte pronunciar el nombre de "EGAN" me he dado cuenta de que es poco menos que imposible. Estais demasiado juntos en muchos aspectos, en un determinado tiempo...



— Antes de conocer personalmente a Blas, yo ya había visto poemas suyos en letra impresa. El primero lo leí, aquí, en Bilbao, en una revista de los "luisés"; era un soneto a San Ignacio de Loyola. La segunda vez que vi poemas de Blas —mucho después— allá por los años 1941-42, estaban impresos ¡fíjate que cosas! en un cuaderno literario que dirigía un tal Díaz Jácome y que se publicaba en un extraordinario de *El pensamiento navarro*". La tercera vez los vi en *Egan*", pero para entonces ya le conocía.

— ¿Pertenece ya a algún grupo o tertulia literaria?

— De alguna forma te vas imantando hacia gente que posee aficiones comunes y debido a ello hice amistad con varias personas, entre las que puedo citar a Angel de la Iglesia, fallecido hace dos años, José Sotomayor, Eusebio Abásolo, Luis Lázaro Uriarte, Elias Amézaga, Luis de Castresana. A Gregorio San Juan le conocí mucho más tarde. A través de estas personas contacté con Blas. Pero lo cierto es que, a pesar de esa amistad, ni constituíamos grupo ni conformábamos tertulia.

— En tus libros iniciales se observa una cierta similitud con la obra de Blas, del Blas de "Ancia" más concretamente. El soneto como composición base, la forma de construirlo, etc., aunque metafísicamente surjan matices divergentes.

— Evidentemente. Con Blas —y es la excepción— llegué a un contacto diario que normalmente se producía a mediodía y duraba alrededor de una hora. Lógicamente, teniendo en cuenta que este contacto implicaba la lectura recíproca de los poemas que íbamos gestando, era inevitable que sucediese así, más aún habida cuenta de la arrolladora personalidad de Blas. Estoy convencido de no haber influido nada en él; sin embargo, Blas, sí que influyó en mí. Indudablemente se trasluce esta gravitación en *"Habitada claridad"* sobre todo.

— ¿En vuestro contacto diario, mantenéis algún tipo de charla analítica sobre lecturas, autores, etc.?

— No recuerdo que polemizáramos o analizáramos en torno a la poesía de tal o cual autor. Creo que el encanto de aquellos ratos consistía en nues-

tras autolecturas. Eso sí, Blas, me trajo de sus primeras visitas a Francia la obra de Vallejo y de otros poetas exilados y prohibidos, aquí, en esas fechas. Incluso llegó a mecanografiarme algunos textos que todavía guardo en casa. Entonces, claro, cuando descubres a un poeta como Vallejo, queda fuera de toda duda que surge tema de conversación; pero no, no manteníamos conversaciones de tipo académico.

— Volvamos a Javier de Bengoechea. Hemos mencionado dos libros. Ambos premiados y publicados en "Adonais", pero existe un tercero también galardonado, ¿no?

— Se titula *"Fiesta nacional"*. Lo envié al "Boscán" dos o tres años después de publicar *"Hombre en forma de elegía"* y llegó a ser finalista, circunstancia que produjo un pequeño revuelo.

— ¿Por qué?

— El libro tenía un tono crítico sobre la realidad española. Parece ser que esto produjo opiniones encontradas. Recibí cartas muy amables de miembros del Jurado. Supe que, incluso, alguno de ellos dimitió. Pero, bueno, son historias muy viejas...

— Las de siempre, desgraciadamente...

— Pues sí. Lo cierto es que, como consecuencia de ese pequeño "batiburrillo" que se organizó, me ofrecieron la publicación en una editorial y el libro apareció.

— ¿Publicaste algo más?

— Al socaire de esa pequeña aureola que te proporcionan los premios colaboré, bastante, en revistas como *"La isla de los ratones"* y en otras que dirigían Carlos Vélez y Jiménez Martos.

— ¿Después?

— Nace en mí un largo período de silencio que duraría aproximadamente quince años; y no porque guardara lo que escribía, sino porque no escribí absolutamente nada.

— Entonces... ¿renegaste de la poesía, o la abandonaste porque te dejó la inspiración?

— Nunca sabes, a ciencia cierta, por qué escribes o no escribes. Luego —a posteriori— llegas a hacer una especie de autoanálisis retrospectivo. Mi poesía, es una poesía de sensibilidad, de imaginación, de jugueteo... Llegué a convencerme de que era absolutamen-

te frívola y carente de significado, en particular en aquellos momentos tan graves, con el país saturado de grandes problemas y de gente que tanto arriesgaba por ellos. La misma poesía estaba muy condicionada por su servicio a esa problemática. Todo esto debió influir en el tipo de poesía que practicaba. En esa época, no sé... la poesía con una dirección que... por poner un ejemplo citaré a Juan Ramón Jiménez, realmente no circulaba, no era siquiera...

— Era esa famosa "poesía celestial".

— Era aquello de: "Yo también haría un poema perfecto si no fuera indecente hacerlo en estos tiempos". Creo que asumí eso y que, por lo tanto, la poesía que yo practicaba no venía a cuento.

— ¿Qué opinas, hoy, de la incidencia de la poesía en los temas sociales, políticos...?

— Toda pasión es lícita. Si un hombre siente esa pasión redentora o redimidora y, además, posee don expresivo y capacidad poética, me parece absolutamente correcto que la utilice. Lo que ya no admito, ahí, es lo mimético, lo postizo, lo latoso. Vamos, respecto la pasión del hombre siempre que esta sea auténtica.

— ¿Incluso para la captación política?

— Por supuesto. Siempre que sea auténtico es válido. Y eso lo aplicaría igualmente para una poesía de sensibilidad; ahí también podrían darse el mimetismo absurdo, la retórica, etc.

— El problema de fondo es, pues, la autenticidad.

— Exactamente.

— ¿Cómo has visto a la poesía desde ese largo silencio tuyo?

— Probablemente tenga una laguna; creo que dejé de leer. No obstante tuve conocimiento de los novísimos y por supuesto me interesaba por el ejercicio dialéctico acerca de la validez de una u otra poesía. En esa época mis lecturas de existencialismo francés, (lo que se podía pescar, que no era mucho), Camus, Sartre, autores enormemente convincentes que me confirmaban en la idea de lo mala que era la "poesía estúpida", contribuyendo a ese silencio mío, a esa autodeterminación de no gorgorizar. De cualquier forma mi dedicación como lector dependió

porque esa poesía oficialmente lícita —no en cuanto al régimen sino en cuanto a los poetas— tenía mucho de monótona. Entendía, por una parte, que debía ser así, pero por otra me aburría enormemente.

— Sabemos que has vuelto a escribir poesía, que tienes un par de libros inéditos.

— Sí. Tres, exactamente.

— ¿Qué te ha hecho romper un silencio tan prolongado?

— Supongo que estos condicionamientos a los que hemos hecho referencia fueron desapareciendo. Quizás llegue a tener una visión más objetiva o universal. El hecho de que poetas como Cernuda, como Juan Ramón Jiménez, de tan extremada sensibilidad hayan sido reconocidos finalmente. Todo este giro en la orientación, supongo, también a mi me alcanza. De todas formas creo que es algo que ha surgido sin propósito fijo.

— Se dice mucho, y lo dicen personas que se mueven en torno a la cultura, que Vizcaya ha sido y es un páramo cultural y que se puede hacer extensiva esta frase para el resto de Euskadi. ¿Ratificarías tú esta sentencia?

— Todo hombre de cultura siente añoranza de un entorno más culturizado. Es un fenómeno de descontento lógicamente inevitable. Ahora bien, desde mediados del siglo diecinueve —por poner una fecha— hasta ahora, es incuestionable la aportación de Euskadi a la cultura. Creo que nombres como Unamuno, Baroja, Ramón de Basterra; el mismo Meabe, tan poco conocido pero tan entrañable, tan humanista... Sánchez, Usandizaga, etc. Con todos ellos se puede formar un ramillete de veintitantos nombres que, ya por sí mismos, justifican ochenta años de historia. No obstante es una pregunta difícil de responder si se pretende generalizar.

— A pesar de ese ramillete de nombres mencionados, pienso que quienes se quejan del ambiente cultural de Euskadi tienen razón. Y creo que la dictadura franquista tiene bastante que ver en lo negativo de este balance.

— Ningún régimen dictatorial favorece la cultura. Y me daría lo mismo si la favoreciese; jamás favorecería el humanismo. En una dictadura, aunque la cultura oficial sea brillante y próspera, la auténtica cultura: la del ser humano

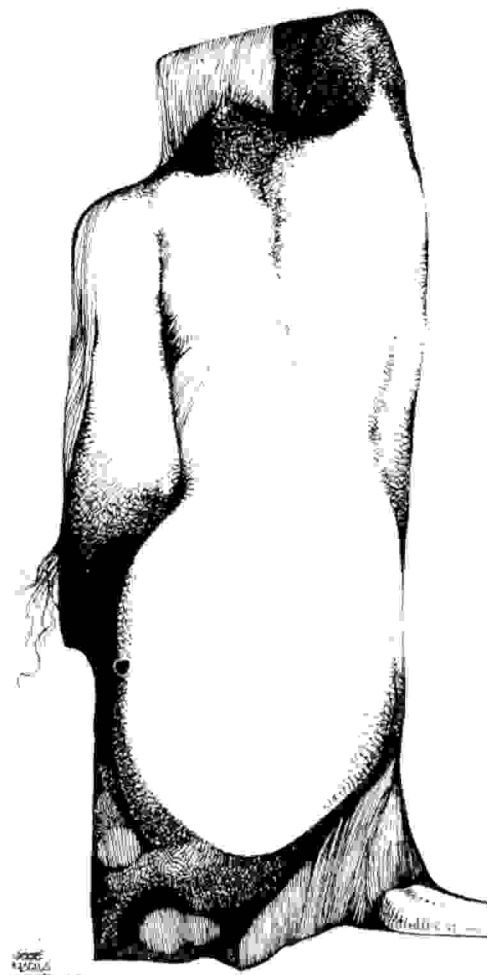
en su libertad, en su capacidad de manifestarse y ser, no tiene cabida.

— ¿Puede ser, pues, la dictadura pasada el justificante del empobrecimiento cultural de Euskadi?

— En parte sí; lógicamente, se sufren las consecuencias de unas estructuras políticas que coartan la interrelación entre personas, la libre expresión, la asociación, etc., todo lo que en definitiva, aún no siendo cultura, hacen a ésta posible. Ahora bien, yo creo que los genios los paren las madres y normalmente no muchos por generación. Pero sin llegar a ese extremo del genio máximo y apabullante, que puede surgir en cualquier lugar y circunstancia, se da otra cultura que no es la genial. Una cultura cívica media, de grupo, muy agradable de sentir, de vivir inmerso en ella, y que depende en gran parte de esa capacidad de expresarse, de coaligarse. Es claro que bajo el peso de la dictadura esa cultura tiene que padecer y empobrecerse, al menos, cuantitativamente.

— Esos mismos hombres que se quejan del panorama cultural de Euskadi, aseguran que Bilbao es ciudad poco agradecida a sus literatos. ¿Cómo te ha tratado a ti Bilbao? ¿Cómo trata a los poetas?

— En Bilbao se lee poco —dicen los libreros—. Yo no lo sé, pero ¡hombre! Bilbao tiene una pega; tradicionalmente no ha sido una ciudad universitaria y yo creo que eso configura mucho su talento y el de sus gentes. En la escala de valores de Bilbao, del Bilbao a partir del siglo diecinueve, el trabajo, la honradez comercial, la tecnología, han sido valores sociales y ahí están. No lo puede discutir nadie. Sin embargo el valor cultural no ha sido nunca valor social. Creo que, socialmente, en el Bilbao de nuestros pecados nadie ha sido valorado por sus contenidos culturales. Es, indudablemente, una ciudad sin gran tradición cultural, frente a otras que si lo han tenido como consecuencia —lo considero muy importante— de la Universidad en ellas ubicada. No obstante hay que señalar que en Bilbao existen grandes lectores y excelentes bibliotecas, eso no se puede ignorar, aunque sea un poco labor de lobo solitario. Lo que indica la existencia del hombre culto. Lo que, quizás, no ha existido es una sociedad culta.



— Parece claro que los estamentos políticos pueden interferir o posibilitar el camino de la cultura. ¿Cómo ves esa incidencia en un futuro próximo?

— Unos dicen que la solución de la cultura está en la política, (los partidos políticos), la apoyen. Yo nunca creí en eso. La política es siempre interesada en obtener rentabilidades y de la cultura —si la apoyase— intentaría obtenerlas también. El político —como tal— traicionaría su propio ser si se extendiese a favorecer una cultura que no le es rentable. Yo la ayuda gratuita no la concibo, no creo que nadie lo pueda aceptar seriamente. Los partidos políticos, no obstante, si tienen una responsabilidad sobre la cultura; la de crear las condiciones objetivas necesarias para que ésta —como algo totalmente autónomo— se desarrolle. Si los partidos políticos de hoy ven el tema con inteligencia no tratarán de sembrar cultura sino de promover el ámbito de condiciones necesario. En cualquier caso no creo en una intervención milagrosa de los políticos como creadores de cultura o como directamente intervinientes en el fenómeno cultural. Es más, esa intervención me daría mucho miedo dado que sería siempre interesada, hablemos de la sigla que hablemos, esa intervención —por su carácter— sería siempre negativa.

— Volvamos a Javier de Bengoechea. A esos tres libros con los que retornas, desde hace unos años, a la arena poética. ¿Te sientes ilusionado con esta vuelta?

— No siento nada especial. Es algo tan orgánico, tan maniático si quieres. No es que me levite, desde luego. Lo encuentro natural, como algo grato de la vida, en el baremo de las cosas sencillas.

— O sea, te sientes a gusto y punto.

— Bueno, sí. También porque siempre es un diálogo contigo mismo, con la visión que tienes de las cosas. En mi caso me permite, quizá, humorizar un poco y dar unas versiones de las cosas un tanto singulares, conseguir hallazgos felices de expresión, no sé...

— ¿Cuándo salen esos libros a la luz?

— ¡Ah! No lo sé. Tendría, en cualquier caso, que revisarlo. Tratar de releer y no equivocarme; consultar con amigos, intentar la consecución de una garantía en cuanto a la superación de niveles.

— ¿En qué se diferencia tu poesía actual de la anterior?

— En realidad creo que es la misma. Imagino que —y quizás pueda entenderse peyorativamente— es una poesía de lenguaje brillante, saltarín, ocurrente...

— Por tus declaraciones en cuanto a tu poesía, cualquiera diría que Javier de Bengoechea es uno de esos poetas "celestiales", juguetón y amigo de las tracas multicolor.

— Ciertamente creo tener dos facetas porque de estos últimos libros, aparte de los que he titulado "*Pinturas y escrituras*" y "*En mi versión más tonta*" el que resta es verdaderamente serio, profundo. Está en la tónica de los finales de los publicados en "*Adonais*", al contrario del que te acabo de mencionar en segundo lugar, en el que tiene lugar el poema ocurrente, sencillo, cotidiano. Eso sí, con una cierta gracia y ternura. No se trata, tampoco, de hacer chistes.

— Lo de la ternura en el poema es una buena idea, máxime, en este tiempo.

— Sí. Y la complacencia en el hallazgo y en que las palabras posean una luz no habitual. En fin, que no se trata de un jugueteo gratuito porque todo él va en función de descubrir un paisaje

—por modesto que sea— un tanto insólito detrás de la palabra o en la palabra misma. Quizás tengas razón y habitualmente yo me clasifique un tanto peyorativamente, me acuerde más de lo menos y no es verdad. En mi poesía conviven dos facetas, la profunda y la otra un tanto más intrascendente.

— Lo que le ocurre a Javier de Bengoechea —creo yo— es que cuando aflora esa faceta seria, metafísica, surge ésta con un carácter afirmativo en cuanto a la fe en Dios. Y esto es algo que —por no estar de moda— quizás cause malestar o decepción en algunos sectores.

— Hay épocas en las que no creer escandaliza a ciertas personas. Este fenómeno también se produce de forma inversa. Todo es fariseísmo. Tan farisaico lo uno como lo otro, vamos, la actitud del que se escandaliza. Creer y no creer son dos actitudes que, si son rigurosamente asumidas y pudorosamente sentidas, merecen todo respeto.

A nosotros también nos merece todo el respeto Javier de Bengoechea; poeta que vuelve —de vuelta ya de tantas cosas— y que lo hace —y es de agradecer— con la afabilidad en ristre, sin histrionismos, con un amplísimo bagaje cultural a sus espaldas y una sensibilidad exquisita defendida a lo largo de los años. Marinero repescado para este frágil velero que es la poesía; hombre que retorna a bordo exento de ese entusiasmo orgásmico —tan frecuente en algunos— que a tantos árboles ha hecho sucumbir. Vuelve con las ideas claras; a sabiendas de que en este mundo todos los lugares son pequeños. Poeta que supo callar en su momento y viene desde el hasta nosotros en la limpia trascendencia del poema.

Pablo González de Langarica

